

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece. — El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi. —
La mujer adúltera, poesía por Larmig. — Hay mas
allá, novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez. —
Carlota, por X. — Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION)

Hay un país en Francia, llamado Tomhery, que consta de unas cuatrocientas fanegas de áridas canteras. Verdadero desierto hace poco, y que ahora, cubierto de viñedos, merced á un esmerado cultivo, se ha convertido en un país muy delicioso. Lo mismo sucedió en Montreuil, que en tiempo de Luis XIII era un miserable villorrio, y hoy es una de las villas mas florecientes, gracias al cultivo del melocotón.

Pues, ¿y la morera que ha trocado todo el Vivarés, comarca también de Francia, en un paraíso terrenal? El cultivo de un árbol y la cría de un gusano de seda han obrado esta maravilla, y bien se puede decir que Olivier de Seres, que es quien lo introdujo allí y los aclimató, ha sido un verdadero bienhechor de la humanidad.

La abuela, que estaba haciendo calceta, levantó vivamente la cabeza; su calma ordinaria habia desaparecido; tenia las mejillas enrojecidas y sus manos temblaban convulsivamente.

—Pues qué, dijo, ¿no se podría hacer algo también en favor de nuestros pobres Urdaños?

—Si el gobierno, replicó el doctor, así como ha mandado reconocer algunos términos de Extremadura para la siembra del tabaco, se dignase fijar aquí los ojos, se persuadiría de que el suelo mas apropiado para el intento es el de Urdes, ya por la multitud de huertos con regadío que se hallan en él, ya por la abundancia de brazos de que se puede dispo-

ner, ya finalmente, por ser un país tan análogo á la plantacion de este vegetal, que solo él bastaria para surtir las provincias de Castilla y Estremadura; pero el gobierno...

—Dejemos en paz al gobierno, interrumpió bruscamente la abuela, que está demasiado absorto por mil graves atenciones, y solo contemos con nuestras propias fuerzas.

—A principios de este siglo, dijo el cura, don Diego Lopez, vecino y fabricante de lanas en Béjar, construyó aquí cerca, en Nuño Moral, una casa-fabrica, y puso maestros para enseñar á estas buenas gentes á hilar al torno, cardar etc., instituyendo además para su sostenimiento una pequeña fundacion. La industria prosperó, mejorando notablemente las condiciones del país; pero duró poco, ya por la muerte de aquel bienecor, ya de resultas de la guerra de la Independencia, en que se echó mano de los fondos y se arruinó el edificio.

—Pues bien, exclamó la abuela con fuego; ¿no podrian aquí juntarse todos los capitales y establecer una fábrica de lanas, siendo este país tan abundante en pastos? ¿No podrian construirse aquí varios molinos de aceite, que ahora los labriegos se ven obligados á extraer, estrujando el fruto entre dos costales? ¿No se podria, por último, con los beneficios que produjesen estos establecimientos, coronar de pámpanos esas crestas, cubiertas ahora de maleza?...

Habia tal vehemencia, tal entusiasmo en sus palabras, que todos experimentamos un choque eléctrico, y fijamos en ella las miradas.

—¿Y quién pone el cascabel al gato? dijo el doctor con su acostumbrada ironía; es decir, ¿quien da el impulso y el ejemplo?

—Eduardo! exclamó la abuela con tono solemne.

Hubo un momento de silencio.

—Eduardo, y usted, don Calixto, y usted, señor doctor; nosotros, todos!... Oh, qué tarea, qué noble tarea arrancar de las garras de la miseria á tantos infelices, redimir tantas almas, purificarlas de la corrupcion en que las tiene sumidas su embrutecimiento!... Qué dicha,

qué dicha tan inmensa el día en que los abrojos se conviertan en racimos, las chozas en casas, los mendigos en artesanos ó labradores, los riscos en caminos y carreteras, por donde hallen franco paso nuestras producciones! Yo no viviré entonces, ¿qué importa? Mi cadáver yacerá en esta querida tierra, y se estremecerá de júbilo al oír trocados los ayes de angustia en cánticos de alegría!... Este es el sueño de mi vida, mi mas hermoso sueño!... Ahora que se ha desarrollado el espíritu de especulacion, ¿porqué nuestros buenos propietarios han de guardar el oro en el fondo de sus gavetas? ¿Nó es mejor que lo beneficien, beneficiando á su país?

La asociacion es la maga que, con su varita milagrosa, produce todos los portentos de nuestro siglo; la asociacion puede convertir á Urdes en un país fértil y rico, triplicando los capitales de los que son acomodados en el día; ¿por qué, pues, esta inercia, porqué este abandono, porqué esta indiferencia?

A usted, don Calixto, que tanto ama á los pobres, se lo ruego; á usted, señor Doctor, cuya ilustracion es tan conocida y apreciada, confío el buen éxito de mi causa; en tí espero, Eduardo; en tí, que debes llevar el primero á la asociacion el terreno para la fábrica, algunos capitales, tu inteligencia y tu trabajo.

—El terreno! murmuró Eduardo.

—Sí; ese terreno que yo acabo de adquirir, y que es excelente para el objeto. Fuera de la poblacion, y á poca distancia de ella...

—Y los capitales!

—¿Nó sabes que tenemos ahorros? Estos ahorros, que no bastarian para que vivieses en Madrid dos años, con el lujo que vivias, serán suficientes aquí para estampar tu nombre, no en los anales de la gloria, pero sí en los más gratos de la beneficencia, hijo querido!

Hijo mio, mi Eduardo, despierta de ese entorpecimiento moral que me destroza el alma! Has perdido una fortuna, piensa en reconstruir otra fortuna mas sólida, y tan beneficiosa para tí como para los pobres, cuyas lágrimas vas á enjugar con noble empeño.

Despierta: házlo por tu esposa, tan digna

de ser amada; hízlo por tus hijos, tan buenos, tan dóciles, tan amantes; hízlo por mí, Eduardo, cuya vida se ha consagrado á preparar tu dicha!

El consuelo de todas las amarguras se halla en el trabajo: el trabajo es el que eleva al hombre sobre los demás, es el que fortifica su alma y le ennoblece!

El trabajo! Oh, feliz mil veces el que trabaja, que ese no hallará jamás desabridos los manjares de su mesa, ni su sueño turbado por las lúgubres fantasmas ni el fatigoso insomnio! Feliz sobre todo el que trabaja para realizar una noble y grande idea, seguro que al fin de la jornada y á la hora del descanso, oirá resonar en torno de sí los cantos de los felices que habrá hecho; y si fija sus miradas en el cielo, verá á los ángeles y á los querubines brindándole con las eternas palmas y el eterno reposo! ¿Qué dices, qué respondes? Habla, Eduardo, habla!

No creas que este plan sea el producto de mi entusiasmo, ni un sueño de mi loca fantasía; no: años hace que lo medito, años hace que lo consulto con todas las personas inteligentes que me depara el acaso. Diga usted, señor doctor, ¿es factible, es provechoso?...

—Oh! sí, respondió este, y yo mismo muchas, muchas veces, lo habia trazado. Pero los hombres pensaba tambien, son incapaces de arriesgar en solo maravedí para labrar la fortuna de tanto...

—Eduardo dice que no son incapaces de esto, señor mio!...

—Pero yo no puedo ocultar que se espone á pérdidas...

—¿No ha perdido una fortuna, cuyo objeto final era enriquecer á unos tantos miserables?...

—¡No, Dios no querrá que pierda!... La Providencia protege siempre á los que, con sano corazon, buscan su bien en el bien de otros!

(Continuará.)

Angela Grassi.

LA MUJER ADÚLTERA.

I.

Por iracunda plebe perseguida
huye en Jerusalem al templo santo
macilenta mujer despavorida,
baña su faz hermosa
desatado raudal de amargo llanto.
Es aquella mujer culpable esposa,
la ley del pueblo hebreo
á morir á pedradas la condena.
El torpe fariseo
y el hipócrita escriba corrompido
piden, como la turba, á grito herido
se lleve á cabo la marcada pena.

La misera mujer de espanto llena
y de angustias mortales,
gira en rededor los suplicantes ojos
mira á Cristo, del templo en los umbrales,
radiante de bondad y de dulzura,
y póstrase de hinojos
y besa de Jesús la vestidura.
Inmóvil queda cual estatua yerta;
vaga en crespas madejas su cabello
sobre la blanca espalda mal cubierta;
y su rostro sombrío,
para su propia desventura bello,
entre las manos trémulas sepulta,
¡quizá un rubor tardío,
quizá la falta de rubor oculta!

Entre tanto el Señor sobre la arena
misteriosas palabras escribía,
y el fariseo que á la turba guía
para hablar á Jesús, silencio ordena.
Con humildad irónica, pretesta
sobre el suplicio horrendo consultarle,
pero busca sutil en su respuesta
causa para acusarle,
y así le dice—«La mujer impura
que á tus piés se ha postrado
sin recato y sin fe, ciega y perjura
el lazo nupcial ha profanado.
No ignorará tu enaltecida ciencia

que á morir la sentencia
la sábia ley del inspirado Preste,
que rompió nuestra dura servidumbre
y del Eterno oyó la voz celeste,
del Sinaí sobre la ardiente cumbre.
Mas tú eres el Mesías prometido:
la voluntad de Dios tu lábio anuncia.
Irefable profeta, rey ungido
tus altísimas órdenes pronuncia,
tu fallo dinos y será cumplido.»

Cristo escribiendo en el arena sigue
sin levantar la pensativa frente,
y el fariseo á poco, ya impaciente
con alterada voz así prosigue:
«Si eres hijo de Dios, ¿cómo te arredra
lo que el gran Moisés dejó ordenado?»
—Cúmplase, dice Cristo, lo mandado:
pero que arroje la primera piedra
el que esté sin pecado.»

II.

Todos para animarse se miraron
y todos sin aliento enmudecieron,
sus cejas se enarcaron,
las piedras de sus manos se cayeron
y todos en tropel desaparecieron.

III.

—Nadie te acusa ya: la airada plebe
que á llevarte á morir se apercibía,
desapareció como la bruma leve
al despuntar la claridad del día.
Ya de la muerte la segur terrible
no ves amenazando tu existencia,
mas oyes la tremenda, inestinguible,
inexorable voz de tu conciencia:
oye del qué te salva la sentencia!
Eres esposa y madre:
¿Qué te brinda el amor? males prolijo
no vuelvas á pecar! piensa en tus hijos
y hiere, si te atreves, á su padre.

torna al preciado hogar que abandonaste,
pide perdón al hombre que afrentaste
y su dolor inconsolable mira.
Mírale oculto; palpitante el pecho
la vista tiende al solitario lecho
y en él, desesperado, se desploma...
abraza tierno al inocente niño,
lirio que el yermo de su vida aroma,
y el abrasado llanto del cariño
en sus pupilas áridas asoma.
viendo del inocente en el semblante
trasunto fiel, imagen hechicera,
del rostro tuyo que adoró constante
y gala ayer de sus amores era.
Hoy, su dicha anegada,
sobre las ondas del dolor eterno
aun ilesa y tranquila sobrenada
el arca santa del amor paterno.
y quiere aborrecerte:
aborrecer á lo que se ha querido
es desgarrar el corazón herido
y vivir en las ansias de la muerte!
Hondos gemidos lanza
y si en su opróbio piensa
juzga que no hay venganza
que hasta el nivel alcance de su ofensa:
lucha por desasir de su memoria
tu aciaga imagen, tu fatal caída;
mas, para siempre la quietud perdida,
lleva en su mente tu llorada historia
con indelebles letras esculpida.
Cediendo de la culpa á los clamores
cometiste, pisando tus deberes,
el delito mayor de las mujeres,
y él padece el dolor de los dolores.
Vuelve á los pies del ofendido esposo
y al desandar la vía
que á la cima del crimen te condujo,
y á víctima de un pueblo te redujo,
recuerda siempre la palabra mía:
sin la virtud no hay dicha ni reposo,
Cristo al reposo y á la dicha guía...
Barquilla si, limon en mar incierto,
sin el auxilio de divina mano
¿podrá llegar al anhelado puerto?

(Continuara.)

LARMIG.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

—Oh! Dios mio, iluminadme! exclamó en su interior, levantándose con rapidez y tomando un libro que casualmente encontró sobre la mesa.

Luego se acercó al Marqués, colocó á sus piés un taburete y se sentó en él, mientras una dulcísima sonrisa entreabría sus finos lábios.

—Vamos, querido tio, veo que le entristezco á V. hablándole del pasado de Nina, y no quiero continuar, porque quizá entonces me dejaria V. sola, y yo todo lo toleraré menos eso. Usted es muy bueno, muy indulgente para mí, y como yo le pago en afecto todas las bondades que me dispensa, deseo estar todo el mayor tiempo posible á su lado, y le ruego que, siquiera por una hora, comparta conmigo el papel de enfermera de la huésped que Dios nos ha mandado.

El anciano sonrió tristemente y murmuró:

—Haré lo que desees, hija mia, aunque á decirte verdad, hubiera preferido estar a tu lado, sí, pero en otra parte. El aspecto de esta habitación me envistece el alma, te lo confieso.

—Ah! es verdad! yo no recordaba... perdóname V.

El Marqués besó á frente de Clara, porque la niña habia empleado una voz tan dulce para pronunciar aquellas palabras que no pudo menos de conmover su corazón.

—Veo que soy exigente en masía, pero... ¿qué he de hacer? la pobre Nina fué conducida aquí, y aquí estoy! Hagamos un pequeño sacrificio por ella, tal vez esto sea grato á espíritu del hijo querido que V. llora! Todo lo que constituye un sacrificio tiene una recompensa en el más allá, donde Dios cuenta nuestras acciones.

Clara con el instinto de su corazón, queria preparar el alma de su tio para una acción noble y justa, y pensaba que la idea de Dios era el mejor modo de conseguirlo.

—¿Qué haria yo para distraer á V.? exclamó despues con una volubilidad estudiada: no puedo tocar el piano porque nuestra enferme nos lo impide. ¿Quiere V. que le lea un poco?

Como gustes, así al menos escucharé tu acento.

—Pues entonces acérquese V. á mí: lo haré en voz baja para ser oída por V. solo.

—¿Qué libro es ese? exclamó el anciano inclinándose un poco hacia Clara.

—Uno muy lindo, dijo la niña vacilando un instante. El título no hace al caso, pero á mí me ha interesado vivamente y quiero que V. me dé su opinión sobre él.

El anciano se prestó gustoso á los deseos de Clara, admirando en su interior la inocencia de la niña, que á su entender no tenia objeto alguno, sino el de disipar su melancolía por algunos momentos.

Ella hojeó el libro: finjó buscar algunas páginas, y al fin empezó con voz lenta y suave aquella extraña lectura.

—«Historia de un ruiseñor», dijo fijando sus hermosos ojos en el semblante del Marqués «historia de un ruiseñor.»

—No habias suprimido el título? preguntó éste sonriendo.

—Sí, pero...

—Vamos, continua, murmuró el anciano viendo que ella le contemplaba irresoluta: continúa.

—«Habia en un pequeño valle situado en la falda de un monte, murmuró Clara muy despacio: Habia en un pequeño valle situado en la falda de un monte un árbol muy hermoso, en cuyas ramas habian venido á covijarse dos avecillas enamoradas.

Todo parecia sonreírles, tenian allí flores y arroyuelos y libertad y perfumes: tenian semillas sabrosas que llevar á los hijos que piaban en su caliente nido de plumas, ¿que más felicidad podrian esperar en el mundo?

Mas ¡ay! que la dicha no es el patrimonio de las aves en la tierra... ni de los hombres tampoco... ¿es verdad mi querido tio? dijo Clara interrumpiendo su lectura.

—Tienes razon, hija mia, respondió el anciano tristemente, tienes razon: pero continúa.

—Una tempestad horrible descargó sobre el hermoso valle donde las avecillas se anidaban, y el huracan que desgajó las ramas del árbol que les daba albergue, no respetó tan poco sus vidas.

Solo, por una casualidad extraña, dentro del pobre nido que rodó por el suelo, se pudo salvar un pajarillo, hijo querido de la antes dichosa pareja.

El pequeñuelo, con las alas plegadas y lleno de tanto, vió pasar el horror de la tormenta, y cuando esta, enfrenada por la mano de Dios, cedió en su violencia, y el vendabal se trocó en brisa, y el relámpago en sol, y la lluvia en rocío, abrió los ojos y se encontró solo en el mundo! Esto debe ser muy triste! exclamó Clara inter-

rumpiéndose por segunda vez, y volviendo los ojos al lecho en que reposaba Nina, sí, muy triste es verdad?

El anciano hizo un signo afirmativo y la niña continuó.

«Una pobre rama medio seca y medio caída en el suelo, había servido de valla al nido deshecho, y le había guarecido entre sus hojas azotadas también por la tormenta.

Aquel miserable arbusto, próximo á perecer quizá, tuvo lástima del pobre pajarillo y murmuró á su oído con una voz que las brisas entendían y repetían solo.

—Tu no tienes asilo; ven á covijarte bajo mi amparo, soy débil, pero estoy iluminado por el claro sol de la caridad santa y de la santa esperanza! tiembles de frío, á mi lado encontrarás el calor suavísimo y puro del amor que consuela y del amor que salva! tienes hambre, te daré las semillas de mis agostadas flores, y partiremos las gotas de rocío que nos dé la aurora, para aplacar nuestra mútua sed, pero á mi lado tendrás un apoyo en que descansar de tu fatiga y un seno en que depositar tus lágrimas!

El pajarillo aceptó, y desde entonces tuvo un amigo!

El humilde arbusto cumplió su promesa, y protector y protegido vieron pasar los nebulosos días del invierno y aparecer la hermosa primavera.

Con ella volvió el sol á los campos, el sustento á los insectos y á los reptiles y á las aves, y el bálsamo al espíritu de los desgraciados.

El pájaro huérfano recobró la alegría y quiso pagar los beneficios que recibiera alegrando los días de su bienhechor, y un raudal de armonía, escapándose de su garganta, llenó los aires y embelleció el espacio en derredor.

En su canto bendecía á Dios y mostraba su gratitud.

¡Ambos temas eran muy hermosos y sus trinos no tenían rival!

Al aproximarse los vientos de otoño, el avecilla se había convertido en un hermoso ruiseñor, y el arbusto en una rama desnuda.

La vida de las plantas es ¡ay! muy corta y en breve llegan á la vejez.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches

CARLOTA.

(CONTINUACION.)

El guarda de una casa de baños de Pöde wil, pueblo situado no lejos de Muhlbad, dió una declaración mas importante. Dijo que á cosa del mediodía del 16 de julio, se había presentado á la puerta del establecimiento una señora vestida con elegancia, de muy buen cuerpo y figura agradable, apesar de lo pálida y fatigada que estaba y cuyos negros cabellos, caían sobre sus hombros en desordenados bucles, para que se le curase una herida, que decía haberse hecho en la mano derecha; que su mujer la había lavado y vendado esta herida que era larga sin ser profunda, y que parecia hecha con un instrumento cortante: que en seguida había pedido un pañuelo limpio y que despues de haberle dado un ducado, se había marchado precipitadamente juntándose á los pocos pasos con un hombre anciano vestido de leñador.

Un vecino, que estaba oculto detras de un vallado, había oído un corto dialogo entre la desconocida y su guia, antes de que se hubiese dirigido á la puerta de los baños: segun decía, lloraba la desconocida, manifestando gran inquietud, diciéndola el leñador estas palabras.

—¡Por Dios! tranquilizaos. Vuestras lágrimas no lo han de resucitar: y por mi parte nada tenéis que temer, porque seré mudo... mudo como una estatua.»

Segun estos testigos, llevaba la señora una sombrilla de color claro, un sombrero de paja guarnecido de flores y un vestido de seda verde.

Fernando parecia muy satisfecho del resultado estas diligencias. «Pronto, muy pronto, decía en una carta que dirigió al magistrado, descubriremos la verdad. Tenemos un guante de la mano derecha, y es indudable que la herida incógnita es quien lo ha perdido.»

La policía que no se descuida en sus pesquisas, creyó desde luego que debía tomar las señas de la señorita de Lehmann, y como sucede en tales casos, eran estas casi iguales á las de la desconocida. Despues de algunos días se supo que la cantatriz se hallaba en Witemberg, pero ningun adelanto pudo hacerse en las investigaciones por este descubrimiento, porque la señorita Lehmann probó la coartada completamente, su pasaporte estaba en regla, y demostró hasta la evidencia que se había ausentado de Coblenza

en el mes de junio sin que hubiese pasado otra vez el Rhin.

A pesar de todo se la hizo poner el guante, hallándolo demasiado pequeño para su mano, y costando no poco trabajo el sacárselo, para cuya operacion fué preciso volverlo al revés y entonces se descubrió otra particularidad en que hasta entonces nadie habia reparado. En el interior del guante habia escrito un nombre, que apesar de tener borradas muchas letras, se leia perfectamente, Enr.F...ke, ¿Pero seria este nombre el del dueño del guante, ó el del que lo habia fabricado? Esto era lo que se habia de aclarar. El guante fué entregado á un agente de policia muy diestro para que sacase de él el partido que pudiese.

En este estado se hallaban las cosas cuando sobrevino una circunstancia imprevista. Con motivo de una festividad que se habia de celebrar en la capilla de S. José, se la barrió y limpió completamente. Al abrir el cepillo de los pobres que estaba cubierto de telarañas, se halló en él una bolsa verde, cuyo moño indicaba que hacia mucho tiempo que estaba en aquel lugar. Contenia la bolsa unas cuantas monedas de oro y plata, y un papel, cuyas grandes y mal formadas letras, decian: «Enterrad al difunto como cristiano catolico, Dios os lo recompensará.»

Presentose la bolsa al posadero que habia dicho haber visto una del mismo color en poder del extranjero que habia pasado una noche en su casa, y dijo que le parecia era la misma.

Cuando supo Fernando esta noticia, exclamó: «bien habia dicho yo, no ha sido por robarlo por lo que han asesinado á mi hermano: un ladrón no hubiera olvidado la bolsa. Insisto ahora mas que nunca en atribuir este asesinato á un acto de venganza ó de celos.» Poco tiempo despues tuvo don Fernando que volver á Silesia, porque el anciano baron se hallaba á las puertas del sepulcro, debiendo dirigirse á Berlin á fin de obtener el certificado de la muerte de Eduardo, y la autorizacion indispensable para entrar en el goce de los bienes de su padre. Contaba con que seria apoyado por la familia de su cuñada, porque la renta que debia gozar esta siendo viuda, era mucho mayor que la pension que disfrutaba desde que se hallaba separada de Eduardo. No gustaba mucho á Fernando tratar á las personas con quienes tenia algun resentimiento, y no podia reprimir la aversion que tenia á su cuñada, porque la obstinacion con que se habia opuesto su padre, el general conde de Heldenraht, á las proposiciones hechas por la familia de Eduardo para volver á unir á los esposos, habia ajado el amor propio de los Bergfed.

El 28 de junio de 1819, llegó Fernando á Berlin, dirigiéndose en seguida á la casa del general donde fué recibido de una manera no muy lisonjera, y á quien contó todo lo que habia descubierto, oyéndolo el conde con el mayor interés. La viuda de Eduardo, Carlota de Bergfed habia salido, pero volvió despues de haber llegado Fernando á la casa del general. Al aspecto de aquel que se adelantaba hacia ella para hacerla un respetuoso saludo, palideció de tal modo que casi estuvo á punto de desmayarse, retirándose precipitadamente sin pronunciar ni una palabra.

Un testimonio tan ostensible é inequivoco de enemistad no pudo menos de afectar visiblemente á Fernando, por cuyo motivo el general á quien habia igualmente disgustado la impolitica conducta de su hija, le pidió mil perdones.

Los partidos habia para obtener la posesion de la herencia; la declaracion de la muerte de Eduardo que parecia enteramente probada, ó bien en atencion á que no se presentaba ni se tenian noticias de él, el que se adjudicasen los bienes por declaracion de ausencia. Para este último medio hubiera necesitado mucho tiempo temiéndose ademas, que el magistrado, fiel observador de la ley y de las formas no lo hubiera tal vez querido autorizar.

Desde entonces se vió obligado Fernando á visitar las oficinas del ministerio, ora lloviese ó hiciese buen tiempo, ora hubiese lodo ú escarcha, á pasar todo el dia en las antecámaras y á usar una afectada política con los oficinistas. Entonces conoció todos los sufrimientos del asendereado oficio del pretendiente.

Con las pretensiones se requiere mucha paciencia, y largo tiempo tuvo Fernando ocasion de volver á ver mas de una vez á Carlota, que apesar de mostrarse fria y reservada, no trató de evitar de nuevo su presencia; él por su parte no podia menos de hacer justicia á su hermosura, que el vestido de luto hacia resaltar, y á la elegancia de sus maneras. A pesar de las faltas de que podia acusar á su marido, pagaba un justo tributo de sentimiento á una muerte tan desgraciada é inesperadamente acaecida.

Al final del mes de agosto, recibió Fernando una carta de su abogado, en la que decia: «Voy á daros pormenores que me parecen de suma importancia: sin embargo vos juzgareis de ellos: prestadme un poco de atencion. Hemos hallado el guante de la mano izquierda, y que es tan parecido al que de la derecha existe en nuestro poder, como una gota de agua á otra; el nombre que está impreso en él, y que se lee perfectamente es Enrique Finae, y por si es el del fabricante, he escrito á varias partes para averiguar

no existe uno de este nombre. Quiero contaros como hemos hecho este descubrimiento. El agente de policía á quien se le habia entregado el guante de la mano derecha se lo enseñó á la señorita Enkel modista de Muhlbalch, Rumer: una de las parroquianas de dicha modista, examinó el guante con cuidado, y sabiendo que me hallaba encargado de la aclaracion de un asunto que tanto habia llamado la atencion pública, se presentó en mi casa á los tres dias trayéndome el de la mano izquierda. La señora Rumer era íntima amiga de la familia del ministro protestante Gaeben, y estando hablando con las hijas de este sobre algunos puntos relativos al tocador, la segunda de ellas al abrir una cómoda dejó caer un guante viejo que estaba vuelto del revés á los pies de la señora de Rumer, quien al levantarlo, leyó el nombre de Enrique de Finake.

—¿De dónde os ha venido este guante? querida Carolina, le preguntó.

—La doncella de una señora de Berlín que ha estado aqui este último verano, lo ha dejado olvidado sin duda.

«No perdí un momento, añadía Schelnit, y escribí en derechura al ministro de Gaeben, quien ha venido á verme esta mañana acompañado de la señorita Carolina su hija. Ambos parecian temer que un descubrimiento tan frivolo en las apariencias, tuviera algun desagradable resultado para ellos, por lo que despues de haberles asegurado de que nada debian temer, supliqué á la joven que me contase detenidamente y con franqueza el modo con que el guante habia ido á su poder; y condescendiendo Carolina á mis deseos, me puso al corriente de todo lo que anhelaba, con la mayor injenuidad y candor que podeis imaginar.

La señora de Welthein, viuda joven que residia ordinariamente en Berlín, habia pasado algun tiempo en casa del baron de Schwald que distaba muy poco de Muhlbalch, y por esta razon la habia conocido Carolina, cantando con ella varias veces. Cuando dispuso su partida, ayudó la hija del ministro á la doncella de la viuda á arreglar los innumerables paquetes, cajas y baules que componen el equipage de una señora de sociedad, y sin los que jamás se ponen en camino. En una cajita llena de flores marchitas y de cintas hajadas, estaba el guante sin compañero, y al tirarlo la doncella como cosa que no servia, lo recojió Carolina, asegurando que lo conservaria como un recuerdo. Esto es lo que me ha contado la señorita Gaeben, y estoy firmemente persuadido de que no me ha mentado. Acordaos de la esquila que escrita en mal francés se halló entre los efectos de vuestro hermano, y recor-

dad que al pie de ella se veia una gran C.: no olvidando este indicio, me he informado del origen de la doncella de la señora de Welthein, y he sabido que es francesa y que se llama Cecilia. Creo que esta coincidencia llamará vuestra atencion como ha fijado la mia. He sabido tambien que esta Cecilia es de estatura alta y delgada, y por lo tanto no puede confundirse con Carolina, que es baja y rehecha. Respecto á la señora de Weltheim, solo he podido inquirir que pertenece á una familia que ocupa un elevado rango en esa capital.

Estos vagos indicios, mirados separadamente, casi parece que carecen de interés, pero examinados reunidos y con detencion, puede que nos indiquen el camino que debemos seguir para descubrir la verdad.

(Continuará.)

X.

CORRESPONDENCIA.

Nuez. Señora doña M. A., han sido en nuestro poder los 40 rs. que envia por conducto de don J. O.

Toledo. Señor don M. G. C., recibidas las 7 pesetas y hecha la traslacion de domicilio.

Asín. Señora doña F. A., recibidos los 12 rs. que envia.

Fernan Nuñez. Señora doña F. F., recibidas las 12 pesetas que nos envia Dn. R. G. J., siete para V. y cinco para doña A. G.

Idem. Señor don A. T., recibidas las 3 pesetas.

Córdoba. Señor don A. H., hecha la traslacion, se publicará la poesia.

Cádiz. Señora doña T. B., anotadas las 6 pesetas.

Ciudad Rodrigo. Señora doña E. P., en nuestro poder los 28 rs., 12 de V. y 16 de doña I. A. Aunque no tengamos corresponsal en esa por el corto precio del periódico, pueden ustedes pedir los números que les falten y serán servidas.

Sariñena. Señor don J. E., recibidas las 14 pesetas y le damos gracias por su bondad.

Sevilla. Señora doña A. W., recibidos los 24 rs. que envia.

Sallen. Señora doña P. P. recibidos los 12 rs.

Sahagun. Señor don N. F., recibida la letra que envia.

Sevilla. Señora doña A. S., recibidos los 36 rs.

Idem. Señora doña L. V. G., en nuestro poder los 6 rs.

(Continuará)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia,